

# GAZETA DE MADRID

DEL DOMINGO 24 DE MAYO DE 1812.

## DINAMARCA.

*Copenhague 18 de abril.*

El Rei de Suecia salió de su capital el día 9 de abril á las 11 de la mañana para asistir á la dieta de Oerebro. Antes de ponerse en camino mandó S. M. que saliese de Estocolmo un convoi para Carisham, y que de esta última ciudad se envien, si es posible, dos convoyes todos los meses al mar Báltico, al Sund y á Gottenburgo.

## PRUSIA.

*Liegnitz 13 de abril.*

Ayer mañana salió para la Silesia superior el batallón de arcabuceros de Silesia, que estaba aquí de guarnición. También pasaron ayer por aquí los batallones de cazadores y de granaderos de la guardia, un tren de artillería gruesa y otro de artillería volante, que venían de Berlin, y marchaban á Breslau.

## NOCHE CUARTA DE LA TERTULIA.

*¿Quiénes son los nuestros?*

Tres noches se pasaron sin que volviese á juntarse la tertulia por hallarse la cocina de Juan Bueno ocupada con ciertas gentes, cuyo trato evitaba el cura siempre que podía. El único que concurrió, aun antes de la hora acostumbrada, fue el barbero, á quien se le pasaron horas enteras tragando con sumo gusto proezas, que la tía Rita oía de muy mala gana, y cada una de las cuales hacia suspirar al bueno del tío Juan, acordándose de su pobre haza. Llegó por fin la quarta noche, y quedó el campo libre á los tertulios para poder hablar con entera libertad de la materia ordinaria.

Por fin ya se fueron, entró diciendo el cura. — Vayan benditos de Dios, respondió la tía Rita. — O del diablo, replicó el tío Juan, y que nunca por acá vuelvan. — Amen, contestó el sacristán.

El lector deseará saber, y aunque no lo desee, quiero decirle yo qué gentes eran estas que interrumpieron la tertulia, y cuya venida dió motivo á esta especie de responso, con que empezó la conversacion de aquella noche. Sepa pues que habian estado aquellos dias en el pueblo unos valientes de la partida de Piernas, que venían, segun decian ellos, de partidas avanzadas del ejército, que quedaba á menos de 100 leguas, con orden de recoger dinero para las tropas, y de llevarse los mozos que quedasen en el lugar para ir á defender la patria. Pero debe decirse en honor de la verdad, que sobre este último punto no eran muy escrupulosos, pues con tal que el destinado para esta gloriosa empresa pudiese redimir la vexacion con algunos quartos, con mas gusto cargaban ellos con una onza de oro que con un hombre. Ello sí, habia de malo el que tras estos venían otros y otros, y á fuerza de visitas como estas se acababa el dinero, y los pobres padres se quedaban al fin y al postre

saqueados y sin hijos. Estos partían mal de su grado adonde querían llevarlos; y unos se quedaban á ser víctimas de la temeridad ó impericia de sus gefes; y otros, detestando un oficio que habian abrazado contra su voluntad, aprovechaban la primera ocasion favorable para escurrir el lazo, y volverse á la paz de sus hogares; ó tal vez no creyéndose allí seguros, se dedicaban á hacer la guerra por su cuenta, pasando de este modo de honrados labradores y pacíficos y laboriosos artesanos á feroces bandidos y salteadores de caminos.

Algun ángel, continuó el tío Juan Bueno, traxo aquel arriero, que dixo que habian llegado franceses á la venta, que si no, huéspedes teníamos para algunos dias. — Eso sí, dixo el cura; con los pacíficos habitantes de una aldea, con los tragueros y viandantes indefensos, y con los que pillan descuidados, muy guapos y muy valientes; pero quando ven el peligro, aunque sea á mil leguas, quando sospechan que pueden encontrarse con el enemigo, entonces pies para qué os quiero; en habiendo franceses, la echan de prudentes; y en no habiendo ninguno, Santiago y á ellos.

Yo no sé, dixo el sacristán, qué cosa es esto que llaman patria, que tanto hinch y tantos fuegos da. Antes de ahora, quando veíamos á un hombre que todo lo pedía á punta de lanza, y que no sabia hablar mas que con fieros y amenazas, decíamos que traía al Rei en el cuerpo; pero ahora veo yo que la patria infla mas que el Rei, pues los que la traen en el cuerpo, mas que hombres parecen fieras.

Todas estas razones estaba escuchando el barbero, escarbando la ceniza con la punta del palo, con un aire cariacontecido y mohino, y sin rechistar palabra: cosa que no dexó de extrañar el cura, pues habia creído que el asunto de la conversacion de aquella noche serian las guapeñas que el maestro habia oído á los suyos, y venia preparado á reirse de sus buenas tragaderas, y ver si por este medio podía lograr el desengaño de este pobre hombre, en quien tan poco habian podido las razones que hasta entonces llevaba oídas. Pero no fue menester que el cura se sirviese de estas armas, pues el pobre barbero estaba mas convertido de lo que se creía; y bien pronto lo dió á entender, quando al oír las últimas palabras del sacristán exclamó apretando los dientes, y levantando los ojos al cielo: ¡Demonios, y no fieras son estos hombres! ¡asesinos, y no defensores de la patria! ¡ladrones, que no soldados!... Señores, digan vmds. de mí quanto quieran, que en todo tendrán razon. Yo he sido un bruto, un mentecato, un zoquete, un.... pero á lo menos no he sido un pícaro como estos canallas, y como los que los apadrinan, y han inundado la nacion de estos monstruos. Les confieso á vmds. que deseaba verme entre ellos, y que hubiera derramado mi sangre por defenderlos. Todo el tiempo que han estado en el pueblo los he obsequiado como he podido; me he quitado el bocado de la boca para regalar á dos pícaros que he tenido alojados en mi casa, y hasta dormir en el suelo mi muger y yo, porque ellos tuviesen buena cama; y en pago de



este agasajo, ¿qué dirán vmds. que han hecho los desalmados al tiempo de irse? Me han saqueado lo poco que tenía en mi casa, y se me han llevado la caballería que tenía para ir á visitar en los pueblos inmediatos, diciendo por toda razon que antes eran ellos que yo, y que antes era la patria que un rapador; y porque yo me amostacé, me han molido á palos; y mi pobre muger que, como era natural, salió á mi defensa, amen de las desvergüenzas que le han dicho, ha quedado aporreada y hecha una lástima. Y despues de todo esto muchas amenazas, y que en volviendo se las he de pagar; pero no me pillarán ellos aquí, que juro á tal que los he de recibir á balazos, ó me he de ir aunque sea á los moros por no ver tal canalla.

Venga vmd. acá, maestro, dixo el cura, y deme un abrazo, no porque me alegre del mal que á vmd. le ha sucedido, pues le aseguro que mas hubiera querido que se hubiese convertido por mis razones que por los palos y malos tratamientos de sus amigos; pero al fin ya está vmd. desengañado, y no puede vmd. figurarse quanto lo celebro. — ¡Pobre maestra! dixo la tia Rita. Yo, dixo el tio Juan, creo que si á todos los españoles les sucediera lo que al maestro, me parece que tambien se habian de desengañar; pero se me figura á mí, que los que mas hablan y mas gritan para meter á los otros en danza, no deben de ser los que mas sufren; y ya se vé, como no son ellos los que lo pasan, arda Troya. — Tanta verdad es eso que vmd. acaba de decir, tio Juan, respondió el cura, que desde el principio de estas cosas estamos viendo conversiones como la que acabamos de ver en el pobre maestro, no solo de particulares, sino de pueblos y ciudades enteras. ¿No se acuerda vmd. de aquel comerciante de Madrid, que pasó por aquí el año pasado yendo á Cádiz, cómo hablaba á la ida, y luego quando le vimos volver, qué cabizbaxo venia, á pie y en cueros, porque una partida le habia quitado á una legua de aquí la caballería y el dinero, y cómo renegaba de los patriotas, y de quien los habia parido, y quánta gana tenia de volver á Madrid, para romper la cabeza al primero que le dixese que esta gente eran defensores de la patria? Pues esto ni mas ni menos sucede con todos y con toda la España (1). El que manda, lo que quiere es que todo el mundo se mate por conservarle á él su mando: el que está descansado en su casa habla desde allí grandemente; y mientras á él no le toquen, reventa de puro patriotismo. Las ciudades que no han visto mas que franceses desean que se vayan; y aunque con ellos ganen, como ha sucedido á muchas, todavia no estan contentas; pero quando las vicisitudes de la guerra las ha dexado abandonadas á las armas de los españoles, llegan estos,

(1) En el original de este escrito se lee al márgen de este párrafo la siguiente cita: *Véase la letra escrita por D. Antonio de Guevara al obispo de Zamora desde Medina de Rioseco en 20 de diciembre de 1521.* Habiendo comprobado esta cita, y leído aquella carta, hemos visto que sin duda el cura se acordó, con motivo de lo ocurrido con el barbero, de lo que allí cuenta aquel obispo que sucedió en su tiempo, que es hecho curioso, y que viene de molde para lo que está pasando hoy en España.

„Es el caso que en un lugar que se llama Mediana, que está cabe Palomera de Avila, habia allí un clérigo vizcaino medio loco, el qual tomó tanta afecion á Juan de Padilla, que al tiempo de echar las fiestas en la iglesia las echaba en esta manera: Encomiéndoo, hermanos míos, un Ave María por la santísima comunidad, porque nunca caiga: encomiéndoo otra Ave María por S. M. del Rei Juan de Padilla, porque Dios

empiezan á decir que los habitantes son traidores, porque se han estado quietos en sus casas sin meterse con nadie, queman, saquean y asesinan; y entonces son los clamores porque vuelvan los franceses; y si vuelven, y tienen que salir otra vez, se ven familias enteras abandonar sus hogares, y buscar en los extranjeros proteccion y amparo contra la barbarie de sus mismos compatriotas. ¡Pobres españoles, á qué estado tan miserable os han reducido los malvados que han querido medrar con vuestra ruina, y enriquecerse con vuestros despojos!

Pero señor, dixo el barbero, ¿de dónde demonios ha salido esta gente? No es posible, sino que el infierno los haya vomitado. ¿De dónde? dixo el cura, De donde estan saliendo siglos hace todas las plagas que atormentan á la Europa. Los ingleses son los inventores de estas partidas de asesinos; los que las fomentan, y los que les dan armas contra nosotros. Bien saben ellos que Puchas y Malacara no han de echar de España á los franceses; pero tambien conocen que tal gente no puede tener amigos ni patria, y que es el medio mas á propósito para acabar con la nacion que ellos quieren destruir. Estos hombres insensibles, han dicho los isleños, arrancarán sin compasion á los hijos de entre los brazos de sus padres para que vengan á sacrificarse á nuestro antojo; quitarán al labrador los medios de cultivar los campos; asesinarán cobardemente franceses y españoles, quando puedan hacerlo sin riesgo; los pueblos, unos no se atreverán con ellos, y otros los ampararán hasta que se desengañen; muchos se verán comprometidos en sus atrocidades, y quedarán expuestos á la venganza de los franceses; morirán unos y otros; perecerán las artes, la industria y la agricultura; desaparecerán los pueblos y sus habitantes á centenares, y nosotros logramos nuestro intento.

Quizá, continuó el cura, en otra nacion los ingleses no hubieran echado mano de este medio, porque les hubiera parecido impracticable; pero en España bien sabian ellos quan fácil era establecer por tierra la piratería que ellos exercitan en el mar. Por desgracia nuestra tenian mui bien estudiado nuestro carácter, y conocian mui á fondo nuestras inclinaciones, nuestros vicios y nuestras virtudes, y todo han sabido emplearlo para el logro de sus designios. Sabian mui bien que el español, si llega á salir de su natural apatia, es extremado en sus pasiones; que al par de sufrido, es feroz en su venganza; que las instituciones, baxo las quales ha vivido hasta aquí, todas han contribuido para mantener en él un aire de ferocidad poco comun en los pueblos civilizados; que su moral estaba toda reducida á las estériles lecciones que recibia de un clero poco ilustrado; que el espíritu de valentonería se alimentaba constante-

le prospere: encomiéndoo otra Ave María por S. A. de la Reina nuestra Señora Doña María de Padilla, porque Dios la guarde, que á la verdad estos son los Reyes verdaderos, que todos los de hasta aquí eran tiranos. Duraron estas plegarias poco mas ó menos de tres semanas, despues de las quales pasó por allí Juan de Padilla con gente de guerra; y como los soldados que posaron en casa del clérigo le sosacasen á su mandaba, le bebiesen el vino, le matasen las gallinas, y le comiesen el tocino, dixo en la iglesia luego el siguiente domingo: Ya sabeis, hermanos míos, como pasó por aquí Juan de Padilla, y como sus soldados no me dexaron gallina, y me comieron un tocino, y me bebieron una tinaja, y me llevaron á mi Catalina; digolo porque de aquí adelante no rogueis á Dios por él, sino por el Rei D. Carlos y por la Reina Doña Juana, que son Reyes verdaderos, y dad al diablo estos Reyes torcedanos."



mente en la nación con la lectura de romances de foragidos y asesinos, único pasto de la ociosa curiosidad del pueblo; sabían que en plena paz y en tiempos tranquilos estaban llenos los caminos de España de contrabandistas y salteadores, y las cárceles y presidios de ladrones y asesinos; no ignoraban que delicados son los españoles en materia de pundonor, y á qué extremos era capaz de llevarlos el amor propio nacional si llegaba á irritarse. Con tan fatal conocimiento, solo faltaban á nuestros enemigos agentes que pusiesen en acción esta masa monstruosa de vicios y virtudes, y los hallaron qual podían desearlos en la ambición de los magnates, en el fanatismo de los filósofos, y en la codicia del clero. Estos fueron los que soltaron la fiera, que nuestros enemigos eligieron para que nos devorase; y ¡ cuántas lágrimas tenemos que derramar antes de verla otra vez encadenada!

Yo, señores, me precío de ser buen español, y si descubro los vicios de mis compatriotas, es porque desearia que no tuviesen ninguno que poder echarles en cara. Quando hablo de las cosas de España con extranjeros, disimulo quanto puedo nuestros defectos, y aun muchas veces el amor á mi patria me arrastra hasta pintarles como virtudes cosas que yo mismo tengo por vicios. Pero aqui todos somos españoles, y no debemos, llevados de un ciego orgullo, disimularnos las faltas de que adolecemos. El pueblo español es ignorante, no por culpa suya, sino por culpa de los que hasta aqui le han gobernado. Un pueblo de esta clase obra por autoridad mas que por propia razon, y en llegando á imbuirle en un error los que dominan su espíritu, es muy difícil desengañarle, porque es naturalmente desconfiado, y tiene cerrados los oídos á todos los medios por donde se propaga y comunica la verdad entre los hombres. De aqui nace este ciego furor, esta obstinacion con que cierran los oídos á las razones mas convincentes, y los ojos á los males que se estan haciendo. Para un pueblo ignorante no hai mas armas que la fuerza, y para que pierda su ferocidad no hai otro medio que instruirlo y civilizarlo. Pero esto ya es demasiada filosofia, y no es este lugar ni ocasion para decir quanto sobre este punto me ocurre. Bien lo saben los que la Providencia ha destinado para que nos gobiernen y tengamos nosotros juicio, que buen Rei tenemos, que sabrá curar nuestros achaques, y dar al pueblo español el brillo á que es acreedor por sus apreciables prendas naturales, corrigiéndole de los defectos que nos echan en cara los extranjeros, y por desgracia con sobrada razon.

Yo, señor cura, dixo el tio Juan, si he de decir la verdad, me he quedado en ayunas de la mitad de las cosas que vmd. acaba de decir. Ya se ve, ¡ qué ha de entender un pobre labrador como yo, que apenas sé mal leer, y que nunca he acertado á firmar bien á derechas mi nombre! Pero con todo, bien se me trasluce que lo que vmd. ha dicho es la pura verdad, y que todo el mal está en la mala educacion que por acá damos á los chicos; y ya ve vmd., como esos malvados de ingleses lo sabian, han dicho: estos son los que nosotros necesitamos. — Cómo ha de ser, tio Juan, repuso el cura: el mal ya está hecho; vmd. no comprende ahora estas cosas, ni es maravilla que no las comprenda; pero algun dia las comprenderán sus nietos, y se admirarán y se compadecerán de la ceguedad y de la ignorancia de sus abuelos.

El barbero, á quien en fuerza del pasado escarmiento cada palabra del cura parecia una razon de bulto, estaba escuchando con la mayor atencion quanto se hablaba, y trayendo á la memoria lo que en las noches anteriores habia oido, y ha-

biendo quedado la tertulia en un profundo silencio por un rato, le rompió diciendo: No hai remedio, esto está visto; mientras haya un ingles en España, no hai que esperar que tengamos paz; y por poco que esto siga como va, nos volveremos tigres, y nos comeremos unos á otros. No, señor, aqui no hai mas sino echar con mil diablos á los ingleses, juntarnos todos, y contarle al Rei nuestras cuitas, y pensar en los medios para no volver á vernos en otra como esta. — Pero ¡ cómo los hemos de echar nosotros, si nos hemos dexado atar las manos! ¿ Por qué no los echan los franceses, que pueden? Pues á fe que quando han querido, bien pronto les han hecho embarcarse en otras partes, y no han vuelto por lo que quedaba. — ¡ Ah maestro, maestro! dixo el cura. ¿ Por qué no los echan? Sí, bueno seria eso para nosotros, y yo creo que hai ya pocos españoles que no lo deseen; pero... ya se ve... cada uno pide para su ermita... y luego al que le duele, se queja; pero el que tiene que atender á todo... en fin, maestro, oiga vmd. una comparacion que me ha ocurrido, pensando en esta materia.

Quando le llama á vmd. algun enfermo que tiene un tumor, por exemplo, en una pierna, ¿ qué es lo que vmd. hace? ¿ Le aplica vmd. al instante remedios para que se resuelva y se meta dentro? No, sin duda; porque podría suceder que aquel mal humor se subiese á la cabeza ó á alguna entraña, y que alli causase mayor mal, ó tal vez la muerte al enfermo. Ya se ve, si la pierna pudiese hablar diria: quíteseme á mí lo que me incomoda, y mas que se vaya á hacer daño á otra parte; pero el enfermo, á quien le interesa vivir, y el médico que lo que quiere es curarle, dirán: que aguante la pierna, que lo que á nosotros nos importa, es consumir el mal humor, y acabar con él en donde está. Eso es claro, saltó la tia Rita, que yo siempre he oido decir que el enemigo á los pies. — Asi es la verdad, dixo el barbero; y con esta sola comparacion entiendo la cosa, mejor que si me hablaran una hora entera. Yo, continuó el cura, desde un dia que vi en la gazeta que el Emperador habia dicho: ¡ Oxalá que el ejército frances pudiese estar en Portugal dos años, y tener alli ocupados á los ingleses! digo para mí siempre que oigo pedir que los echen de la península: el tumor está en la pierna, y el médico quiere que alli sea donde se consuma y destruya. ¡ Pobre pierna!

Sin embargo, dixo el sacristan, los ingleses malos serán; pero yo mas quisiera ver en el lugar un ejército de ellos, que una docena de estos que llaman *nuestros*. Al fin pagan lo que gastan, y no hacen mas daño que aquel que regularmente hacen los soldados; ¡ pero estos otros... ¡ ya, ya son buenos! Toma, saltó el tio Juan, sin dar lugar á que el cura contestase, pues ese es el modo, tirar la piedra, y esconder la mano: ¿ no ve vmd. que si no, por tontos que seamos, los habiamos de llegar á conocer? Lo que así, pueden decirnos: el daño de que os quejais, vosotros os lo habeis hecho. Eso es tan cierto, dixo la tia Rita, que aqui mismo en esta cocina los he oido yo azotar á los guerrillos, y alabarles las hazañas y fechorias que estos les contaban. Válgame Dios, sacristan, ¿ no ha oido vmd. decir que lo que la loba hace, al lobo le aplace? Con que pagan lo que gastan, he? replicó el cura. Y harán mucho en esto, si nosotros les damos antes el dinero para que nos paguen. Los ingleses con todo comercian y trafican, y si nos dan armas y socorros, y gastan en España, con nuestro propio dinero lo hacen. No tengan vmds. miedo que nos envíen un fusil ni un par de zapatos, si no va el dinero por delante. Para ellos han sido los inmensos caudales que nos han venido de América,



y si se fuera á sacar la cuenta de lo que nos han suministrado desde el principio de la guerra, y el dinero que por ello han recibido, veríamos que estos generosos aliados no nos han dado socorros, sino que nos los han vendido á buen precio. Pagan lo que gastan, quitándonos antes el dinero para pagarlo; nos envían fusiles para que nos matemos á nosotros mismos; ¡y qué fusiles! Díganlo los muchos que se han estropeado con solo tocarlos.

El cura se quedó, dicho esto, un rato sin decir en la conversacion, embebido en sus propios pensamientos, y al cabo exclamó dando un profundo suspiro: *¡Los nuestros!* ¿Y quiénes son los *nuestros*? ¿Los que nos saquean, los que nos maltratan y nos asesinan, y nos obligan á que busquemos el auxilio de los extrangeros? ¿Serán *nuestros* los que nos venden á nuestros enemigos naturales, y excitan contra nosotros la ciega ferocidad de nuestros compatriotas? ¿Serán *nuestros* los ingleses, que solo buscan el modo de dañarnos? ¿Llamaremos *nuestros* á los que se obstinan en llevar adelante una empresa temeraria solo por satisfacer sus ruines pasioncillas? Yo á nadie tengo, ni á nadie conozco por *nuestro* sino al que da á entender con su conducta que es español, y que le duele el mal que se está haciendo á su pobre patria. Llamo *nuestro* al español que trabaja por desengañar á sus compatriotas, y hacerles conocer lo que les tiene cuenta. Llamo *nuestro* al gobierno que desea curar nuestros males, y reformar los pasados abusos, causa de todos los males presentes. Llamo y llamaré *nuestro* á un Rei, que cifra toda su gloria en salvar la España de manos de sus enemigos, y en hacernos felices á toda costa. Compárese su franca y generosa conducta con la de aquellos que han usurpado el título de padres de la patria; en aquellos no se ve mas que encono, venganza, ciego furor y vil interes; y aquí no se respira mas que perdon y olvido de lo pasado. Allí se persigue, se infama y castiga como traidores aun á aquellos mismos que han tenido la debilidad de abrazar su partido, confiados en sus lisonjeras promesas; y acá se acoge con benignidad, y aun se premia con largueza á los mismos que nos han hecho daño. Los de Cádiz nos han dicho ya que están resueltos á reducir la España á cenizas antes que ceder; y nuestro Rei nos dice que renunciará á la gloria de mandar, si perdiese la esperanza de salvarnos. — ¡Qué contraste! ¡qué diferencia de conducta y de sentimientos! ¡Oh España! ¿quiénes son tus hijos? ¡Españoles! ¿quiénes son los *nuestros*?

NOTA. La persona que ha recogido y publicado este papel, asegura que no halló mas que estas quatro noches entre los manuscritos del cura, bien fuese por no haber tenido este tiempo para escribir lo que en la tertulia se hablaba, ó bien porque algun accidente la hubiese disuelto. Sin embargo, se inclina á creer que seria lo primero, por quanto halló con este manuscrito algunos apuntes suyos, que parecían títulos de otras conversaciones como las precedentes, y que decían así: *¿Cuándo se irán los ingleses? ¿qué harán entonces los de Cádiz? ¿quién llevará el gato al agua? ¿y qué sucederá despues? ó pronóstico para el año de 1840.* En otro papelecito suelto se leía del letra del mismo cura la siguiente nota: „Antes de la revolucion francesa la fuerza total de la España no llegaba á una tercera parte de la de Francia, de suerte que podia calcularse que las fuerzas de estas dos potencias estaban en razon de 10 á 33. Pero esta rela-

cion no era ya la misma quando los franceses entraron la primera vez en España por motivo de la extension y aliados que la Francia habia adquirido en estos últimos tiempos, y las fuerzas respectivas podrian ser en aquella época como de 1 á 7.

„Por lo que hace al Portugal las fuerzas de aquel reino respecto á las de Francia en la época de la invasion eran como de 1 á 17.” Al márgen de esta nota se leía en letras gordas ABRE EL OJO.

Habíase tambien entre los papeles del difunto una coleccion de cartas geográficas, que se conocia que él estudiaba y consultaba á menudo, segun lo manoseadas que estaban, y porque ademas habia con ellas un papel que decia:

„Hablar de política sin saber geografía es como hablar de náutica sin haber visto el mar. La política es un cálculo, cuyos elementos son el interes, el carácter, el estado y la situación respectiva de cada nacion. Los que gobiernan toman un mapa, y por la posicion geográfica de cada potencia conocen lo que cada una puede desear, y lo que debe pretender: lo mismo hace el simple particular que quiere no hablar al aire en negocios políticos, y aprobar ó desaprobare con fundamento la conducta de los que mandan. Si los españoles hubieran tenido estos conocimientos, ¡se hubieran metido tan á cuerpo descubierto en la desigual lucha en que se hallan comprometidos! Si hubieran conocido el interes de los ingleses con respecto á la España, hubieran creído con tanta confianza en sus amistosas promesas!

„Muchas veces me he dado en pensar, y aun he llegado á creer que si el Emperador dixese á los ingleses: Ahi teneis el Portugal, ó para vosotros ó para la casa de Braganza, ó para otro amigo vuestro, y os cedo para que se incorpore con esta potencia parte de la Extremadura y la provincia de Tui, habian de consentir gustosos, y nos habian de dexar en las astas del toro. ¡Qué amigos! ¡qué integridad! ¡qué independendencia!”

En fin, habia otro papel en el qual se leían estas palabras: „En las revoluciones políticas el que permanece neutral entre dos partidos es sospechoso á uno y á otro, y queda mal con los dos. El que conoce que su compatriota está en el error, y no procura desengañarle, es un mal proximo; y el que ve que su patria camina á la perdición, y no hace esfuerzo ninguno para salvarla, es un mal ciudadano. Mas debe estimar el que gobierna al enemigo descubierto que al amigo tibio. El que no pueda pelear, que escriba; el que no sepa escribir, que hable; si le escuchan, no hai que perder la esperanza de que llegue el desengaño; y aun quando no le atiendan, siempre es útil decir la verdad, pues ella allá se queda, y como la pasión es un estado violento, que no puede durar siempre, en llegando un momento de calma, saca la verdad la cabeza, y produce el fruto que se deseaba.”

En el del Príncipe, á las ocho de la noche, se representará por la compañía española la comedia en un acto titulada el Sueño: despues se executará el unipersonal Guzman el Bueno, alcaide de Tarifa; y se dará fin con el sainete el Mal de la niña.

En el de la Cruz, á las cinco y media de la tarde, se executará la ópera nueva, música del profesor Don Esteban Cristiani, titulada los Muertos fingidos; se bailará el minué afandangado y el fandango, dando fin con un buen sainete. Se cobrará de toda subida.